

cartas oficiales al consejo de Dublin, diciendo que no le era dado otra misión que reclutar soldados y secundar los esfuerzos de Ormond; pero, para uno y otro partido era la mentira una rueda gastada que para nada servía. Al cabo de algunos días soltaron á Glamorgan, quien continuó activando con ardor y sobre las mismas bases la ejecución del tratado. El parlamento votó no darse por satisfecho con la justificación del rey; Cromwell fué de nuevo prorogado en el mando, y Carlos no encontró otro medio de salvación que una guerra que ya no podía sostener.

Solo le quedaban dos cuerpos de tropas, uno en el condado de Cornouailles al mando de Hopton, y otro sobre la frontera del país de Gales, mandado por Astley. A mediados de enero había el príncipe de Gales, abandonado de Goring y Greenville, escrito á lord Hopton que durante mucho tiempo había sido jefe de aquel condado, instándole á que tomase el mando del resto de su ejército reunido alrededor suyo: «Señor, contestó Hopton, los que no quieren obedecer se escudan comunmente con el honor, por mi parte no puedo obedecer hoy día á V. A. sin el sacrificio del mio; porque, ¿cómo hacer frente con tropas tan escasas, temidas solo de sus mismos amigos, y objeto de burla de los contrarios? Solo son temibles el día del pillaje, y solo tienen resolución para huir. Sin embargo, puesto que V. A. juzga necesaria mi presencia, le seguiré con peligro de mi honor:» y tomó el mando de unos 7 ú 8,000 hombres. Pronto fue tan odioso su mando para el ejército como los excesos de este lo eran para el general: los mismos valientes no podían sufrir su disciplina y su vigilancia por haberse acostumbrado á las órdenes de Goring á una guerra menos incómoda y mas provechosa. Fairfax, decidido á someter el Oeste tardó poco en marchar contra ellos, y el 16 de febrero sufrió Hopton en Torrington una derrota mas desastrosa que ensangrentada.

En vano intentó retirándose de ciudad en ciudad rehacer su ejército; le faltaban á la vez oficiales y soldados. «No dí jamás durante esta época, decía, un punto de reunión á un regimiento sin verlo llegar reducido por lo menos á la mitad de su fuerza ó dos horas demasiado tarde.» Fairfax le acosaba cada día mas, de manera que con una poca gente se vió estrechado hasta la estremidad de Cornouailles. Supo en Truro que cansados los paisanos de la guerra, querían apoderarse del príncipe de Gales y entregarlo al parlamento. Era llegada la hora del peligro, y seguido de su consejo se embarcó el príncipe, aunque solo para retirarse á la isla de Scilly, y en suelo inglés. Viéndose mas desembarazado Hopton probó de nuevo á combatir, pero sus tropas pedían á gritos capitulación. Hizole

ofrecer Fairfax condiciones honrosas, que eludió constantemente: por último sus oficiales le declararon que si no consentía tratarían sin su mediación: «Tratad, pues, les dijo; pero no por mí:» y ni él ni lord Cappel quisieron ser comprendidos en la capitulación. Firmados los artículos y disuelto el ejército, se embarcaron para Scilly en busca del príncipe, y el rey no conservó ya en el Sudoeste mas que insignificantes guarniciones.

No cupo mejor suerte á lord Astley. Encontrábase en Worcester con 3,000 hombres, cuando le mandó el rey que pasase á Oxford; y aun salió á su encuentro con 1,500 caballos. Deseaba tener á su lado un cuerpo suficiente para esperar los socorros de Irlanda; pero antes que pudiese efectuarse su reunión, Breton y Morgan á la cabeza de los parlamentarios alcanzaron á Astley cuyos movimientos hacia tiempo observaban. Completa fue la derrota de los realistas; 1,800 cayeron muertos ó prisioneros, y los demás se dispersaron. El mismo Astley, despues de una resistencia desesperada, cayó en poder del enemigo; era anciano, estaba fatigado del combate, y apenas podía andar; conmovidos los soldados á vista de su valor y de sus canas le trajeron un tambor. Sentóse, y dijo á los oficiales de Breton: «Señores, habeis concluido ya, y podeis entregarnos al placer, si ya no preferis armaros unos contra otros.»

Esta discordia era la única esperanza que le quedaba á Carlos, y se apresuró á ver si podía ponerla en juego. Ya de antemano se puso en relación con algunos independientes, con Vane sobre todo, intrigante hasta lo sumo, á quien en otro tiempo había escrito el secretario de Estado Nicolás, para que por su mediación pudiese el rey pasar en persona á las cámaras, prometiéndole que si exigían estas el triunfo de la disciplina presbiteriana se les reunirían los realistas «para extirpar del reino esa dominación tiránica, y garantizarse mutuamente la libertad.» Se ignora lo que Vane contestó á esta carta, pero si se sabe que despues de la derrota de Astley le escribió el mismo Carlos lo siguiente: «Estad seguro del puntual cumplimiento de mis promesas; os conjuro por todo lo mas sagrado á que me presteis sin retardo vuestros buenos servicios; de otro modo será ya demasiado tarde, y moriré sin recoger el fruto. No puedo esplicaros todas mis necesidades, pero estoy seguro que si lo hiciese pondriais á un lado toda consideración para servirme. Está dicho todo; fiaos de mí, y os recompensaré plenamente. Si dentro de cuatro días no he recibido respuesta me veré en la precisión de buscar otro recurso. ¡Dios os asista!.. habré cumplido al menos mi deber.» Dirigió al propio tiempo

un mensaje á las cámaras, ofreciendo licenciar sus tropas, entregar todas sus plazas, y volver á Whitehall.

A esta proposición y al rumor de que tal vez iba á llegar el rey, se esparció la mayor alarma en Westminster; políticos y fanáticos, presbiterianos é independientes, todos sabían que una vez llegado el rey á Whitehall, ya no se dirigían contra él las asonadas de la Cité; todos estaban decididos á hacer la mayor resistencia; todos tomaron las mas violentas medidas contra tal peligro. Prohibióse recibir al rey, ni salirle al encuentro si venía á Londres, ni proporcionarle de cualquier modo medios para acercarse. La comisión de la milicia recibió poderes para impedir toda reunión, prender á cualquiera que viniese con el rey, prevenir toda afluencia alrededor suyo, y aun poner su persona al abrigo de todo riesgo en caso de necesidad. Los papistas, los delinquentes, los oficiales reformados, los soldados aventureros, y demás que se habían manifestado contra el parlamento, recibieron orden de salir de Londres dentro de tres días. Créose por último un tribunal marcial, y se decretó pena de muerte contra cuantos tuviesen directa ó indirectamente relaciones con el rey, ó viniesen sin pasaporte de un punto ocupado por tropas realistas, ú ocultasen á cualquiera que hubiese hecho armas contra el parlamento, ó voluntariamente dejasen escapar á un prisionero de guerra, etc. etc. Ningun acto de las cámaras fue nunca mas terrible.

Vane por su parte dejó sin respuesta, ó al menos sin efecto, la carta del rey.

Entre tanto las tropas de Fairfax se adelantaban á marchas dobles para bloquear á Oxford: ya el coronel Rainsborough y otros dos regimientos estaban acampados á vista de la plaza. El rey ofreció á aquel jefe que se entregaría á él como le diese palabra de conducirle al instante al parlamento; pero el coronel no quiso comprometerse á tanto. Dentro de pocos días iba á ser completo el bloqueo, y por mucha que fuese su duración, el resultado era infalible: Carlos iba á caer como prisionero de guerra en poder del enemigo.

Solo un asilo le quedaba tal vez, y era este el campamento de los escoceses. Hacia dos meses que M. de Montreuil, ministro francés, trabajaba para procurárselo, movido mas de sus desgracias que de las instrucciones de Mazarino. Desengañado al pronto por los comisionados escoceses residentes en Londres, y convencido por un viaje á Edimburgo de que nada podía esperar del parlamento de Escocia, se había dirigido por último á algunos de los jefes que sitiaban á Newark, y sus disposiciones le parecieron

tan favorables, que creyó poder prometer al rey en su nombre y bajo la garantía del rey de Francia que los escoceses le recibirían como á su legítimo soberano, librarían de todo riesgo á sus partidarios y á él mismo y procurarían consolidar con todo su poder el restablecimiento de la paz. Las dudas y retractaciones de los oficiales escoceses que deseaban salvar al rey sin agriarse con el parlamento, dieron pronto á conocer que Montreuil se había adelantado sobradamente, y por tanto le envió á llamar á Oxford. Sin embargo, la necesidad cada día mas urgente daba con todos estos planes al traste. La reina desde París escribía á Carlos que confiase en el ministro francés. Hubo nuevas conferencias, y aquellos oficiales hicieron algunas promesas. Trasfiriólas Montreuil al rey pero diciéndole ser aventurada la empresa, y preferible todo otro refugio, pues entre aquellos solo su persona estaría enteramente segura.

De todos modos la situación de Carlos no toleraba mas dilaciones: Fairfax estaba ya en Newbury y dentro de tres días debía completarse el bloqueo. El 27 de abril, á la media noche, seguido solo de Ashburnham y de un eclesiástico muy práctico en los caminos, salió de Oxford á caballo, disfrazado de criado, y al propio tiempo para alejar toda sospecha, salían otros tres hombres de cada una de las puertas de la ciudad. Tomó el camino de Londres. Al llegar á las alturas de Harrow, frente de su capital; se detuvo lleno de zozobra: podía bajar, volver á Whitehall y aparecer de repente en la Cité que se declaraba por él. Nada nõ obstante le convenia menos que una resolución singular y atrevida, porque en aquellos momentos se hallaba falto de decisión, y temía sobre manera cuanto pudiese comprometer en lo mas mínimo su dignidad. Vaciló algunas horas; mas luego se alejó de Londres, y marchó hácia el Norte, pero lentamente, casi al azar y dominado de la misma incertidumbre.

Montreuil había prometido salirle al encuentro en Harborough, condado de Leicester; mas no compareció. Carlos envió á su eclesiástico, el doctor Hudson á la descubierta, y se internó en los condados del Este, errante de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, á lo largo de las costas, mudando continuamente de disfraz, pidiendo en todas partes noticias de Montrose, y anhelando solo reunirsele: larga y difícilísima empresa.

Volvió Hudson; todo seguía como anteriormente: Montreuil prometía siempre un asilo, sino agradable seguro al menos, en el campamento de los escoceses. Carlos se decidió por fin mas bien por cansancio que por elección, y el 5 de mayo, nueve días despues de su salida de Oxford,

el ministro frances le introdujo de madrugada en Kelham, cuartel general de los escoceses.

El conde de Leven y sus oficiales afectaron al verle gran sorpresa; se dió al instante aviso á los comisionados del parlamento, y partieron correos para anunciarlo á Edimburgo y á Lóndres. Tanto los oficiales como los soldados le trataban con sumo respeto; pero por la noche se le dió una crecida guardia á pretesto de hacerle los honores debidos, y cuando el rey para conocer su situacion quiso dar el santo, le dijo Leven: «Permita V. M. que lo haga yo mismo que soy aquí el soldado mas antiguo (1).»

(1) Véanse á Malcolm Laing, á Clarendon, y á los demás autores, cuyo nombre fuera inútil repetir, y de que hemos dado ya noticia en una nota.

LIBRO SEPTIMO.

Inquietudes y maquinaciones de los independientes.—Permanencia del rey en Newcastle.—No admite las proposiciones del parlamento.—Este se pone de acuerdo con los Escoceses para que le entreguen al rey y se retiren del reino.—Verificanlo.—El rey es conducido á Holmby.—Estalla la discordia entre el parlamento y el ejército.—Conducta de Cromwell.—Saca de Holmby al rey.—Marcha el ejército sobre Lóndres y acusa á once gefes presbiterianos.—Se apartan estos del parlamento.—Permanencia de Carlos en Hamptoncourt.—Negocia con el ejército.—Asonada en la capital en favor de la paz.—Muchos miembros de ambas cámaras se retiran al ejército.—Este los vuelve á traer á Lóndres.—Derrota de los presbiterianos.—Aparecen los republicanos y los niveladores.—Cromwell se hace sospechoso á los soldados.—Insurreccion de estos contra los oficiales.—Política de Cromwell.—Terroros del rey.—Huye á la isla de Wight.

(1646. -1647.)

No tardó en llegar á Lóndres la noticia de que el rey habia salido de Oxford, pero sin que en nada pudiera traslucirse donde estaba ni el punto á donde se encaminaba. Corrió la voz que se habria ocultado en la capital, y se amenazó nuevamente de muerte á cualquiera que lo ocultara. Fairfax escribió que se habia dirigido á los condados del Oeste, y al instante se enviaron allá los coroneles Russel y Wharton, oficiales de confianza, con órden de no omitir medio de buscarlo. Inciertos á la vez los parlamentarios y los realistas, estaban impacientes los unos en sus esperanzas y los otros en sus terrores.

El 6 de mayo por la noche llegó en fin la noticia de que se encontraba el rey en el campamento de los escoceses. Al dia siguiente votaron los diputados del pueblo que solo á las dos cámaras incumbia disponer de su persona, y que fuese conducido sin retardo al castillo de Warwick. Los lores no quisieron adherirse á esta proposicion, pero aprobaron que